

Discurso en la toma de posesión del Doctorado Honoris Causa concedido por la Universidad Católica del Salvador

Javier Vergara Ciordia

Introducción

La ciencia sin moral es vana. Así reza el lema de esta Universidad que me honra con la distinción del Doctorado Honoris Causa. Un honor que acepto con ingenuidad de espíritu y con la convicción clara y distinta de ser más fruto de la benevolencia de aquellos que me han nombrado que de los méritos personales de mi obra.

Forjar el espíritu para la búsqueda del bien, para la búsqueda de la verdad, es el fin del compromiso ético, el fin de la universidad y el fin de toda obra humana digna. Todo debe subordinarse a la búsqueda de la verdad y del bien. Sólo así es posible hablar de auténtica formación, de autenticidad ética y de auténtico compromiso con la dignidad humana. Máximas que la sociedad occidental contemporánea ha ignorado en buena parte, al hacer de la política, de la economía y del conocimiento científico valores absolutos del funcionalismo moderno.

Reivindicación del humanismo, crítica al funcionalismo social

Esta tríada funcional, que se engendró en el siglo XVI, tuvo su primera infancia en la Ilustración, su adolescencia en la Modernidad decimonónica y su madurez en la sensibilidad de la cultura actual, ha producido tremendos desajustes y disfunciones. Occidente tiene sobradas pruebas de cómo el economicismo político de los estados totalitarios ha resultado inoperante como solución a una ciudadanía que ha puesto en las libertades sociales, individuales y en el llamado “estado del bienestar” buena parte de sus mejores empeños. De igual modo, el neocapitalismo financiero liberal, movido sobremanera por la búsqueda del interés propio, del afán de lucro y de la riqueza material, se ha mostrado inoperante para garantizar la igualdad de oportunidades y el bien común. Incluso la política, formalmente democrática –auténtico icono de Occidente–, padece síntomas de una profunda crisis. Sus serios problemas de corrupción, cuando no su mediatización o venta a los mercados financieros, han dejado la participación y el protagonismo ciudadanos en un segundo plano.

CONFERENCIAS

Problemas serios, a los que tampoco se ha sustraído la llamada sociedad del conocimiento. Es cierto que la sociedad moderna occidental ha producido avances científicos extraordinarios; pero no es menos cierto que la producción científica se ha desprendido en no pocas ocasiones de conciencia humana. Un grave narcisismo que a veces ha hecho de la ciencia un fin sin límites y no un medio al servicio del engrandecimiento de la naturaleza y de la dignidad humana.

Todos estos problemas podrían multiplicarse, agrandar sus consecuencias; pero en todos habría un denominador común que los interconexiona: el olvido de la persona y, más en concreto, del sentido ético y humano de la existencia. Una categoría que hay que recuperar y agrandar. Una categoría insoslayable si se quiere que el optimismo y la esperanza sean ejes reales que vertebren el dinamismo de una sociedad sana y no meros voluntarismos de una sociedad caduca que se resiste a fenecer. La solución no es fácil, lo sabemos de sobra. La historia nos ha dejado numerosas pruebas de su dificultad, pero también ejemplos a seguir. La sociedad occidental está enferma, y reclama sobre todo esperanza. Se trata de volver a confiar en la persona humana y en su capacidad de tomar conciencia de que las cosas pueden cambiar si somos capaces de impulsar un movimiento de renovación intelectual, moral y espiritual que consiga subordinar el progreso, la economía y el conocimiento a la política y ésta a la ética de la verdad y del bien. Es necesario, por tanto, que renazca con urgencia el Humanismo.

¿Qué queremos decir con esta expresión? Al término “humanismo” se le han dado tantos sentidos que se ha ido haciendo cada vez más equívoco. Es posible, por lo tanto, entenderlo de muchas maneras. Así, puede hablarse de humanismo clásico o renacentista, cristiano o ateo, racionalista o idealista, marxista o existencialista. Pero el Humanismo, que escribimos con mayúscula, para distinguirlo de otras formas particulares, es sobremanera una tradición intelectual occidental que, aunque ha tenido distintas configuraciones a lo largo de la historia, ha defendido siempre la finalidad moral del conocimiento. Es decir, para el Humanismo los saberes alcanzados por la razón deben “humanizar” a los seres humanos, haciéndolos no sólo más sabios sino también mejores. Este es su mayor reto y el fin al que una cultura que se precie no puede ni debe renunciar.

Historia del devenir humanista

La historia, como maestra de la vida, nos ha enseñado que el Humanismo tiene su punto de partida en la Grecia clásica del siglo V a. C., cuando Sócrates

CONFERENCIAS

tes formuló dos de los fundamentos filosóficos de todo auténtico Humanismo: primero, que conocer al hombre es más importante que conocer la naturaleza; segundo, que la razón nos puede acercar al conocimiento de la verdad y del bien. Y a esto los griegos llamaron sabiduría. Teoría que fue enriquecida en el siglo I después de Cristo, cuando el humanismo romano de Séneca y Cicerón abogó por la dimensión práctica de la virtud. No el conocimiento de la verdad hace bueno al hombre, sino la práctica del bien. Y a esto los romanos lo llamaron ética. Una cualidad que fue completada por la pedagogía paleocristiana y medieval con la dimensión religiosa del hombre, que añadía al antropocentrismo clásico el valor sobrenatural de la gracia y ponía a Dios como causa eficiente y final de toda acción humana.

Durante los siglos XV y XVI, el humanismo renacentista, a pesar de sus matices y su diversidad, acertó a sentar tres principios que marcaron sobremanera los ideales éticos del ideal humano. En primer lugar, los humanistas retomaron la vieja idea clásica de que el hombre ocupa un puesto privilegiado en el universo y que la ciencia o conocimiento está para ayudarlo a vivir de acuerdo con su especial dignidad humana. En segundo lugar, pensaron que existía una coincidencia fundamental entre aspectos del pensamiento clásico y del pensamiento judeocristiano, por lo que no tuvieron ningún problema en sumar a la idea griega de dignidad del hombre, basada en su radical racionalidad, la idea judeocristiana de que esa dignidad le corresponde al hombre por haber sido creado a imagen y semejanza de Dios. En tercer lugar pensaron que el elemento más radical de esa dignidad era la libertad. Dios creó al hombre, a diferencia de los demás animales, como un ser libre, como un ser no determinado por su naturaleza. Por ello, humanizarse o no es, en última instancia, una opción de cada ser humano.

La Modernidad

A partir del siglo XVII, el Humanismo fue perdiendo vigencia a medida que fue siendo desplazado por un nuevo movimiento de renovación intelectual que se basó inicialmente en los planteamientos epistemológicos de Galileo (1564-1642), Descartes (1596-1650) y Newton (1642-1727). Nació entonces la moderna ciencia físico-matemática, que abandonó el modelo científico finalista vigente hasta entonces y lo sustituyó por un modelo que se dio en llamar mecanicismo moderno, caracterizado sobremanera por el determinismo científico. El nuevo modelo pretendía erradicar cualquier explicación cualitativa, inmaterial o transfísica de la realidad, reduciendo todo a un

CONFERENCIAS

conjunto de causas o concausas eficientes y deterministas que operaban inexorablemente como único fundamento y motor de la historia.

Era la nueva ciencia, un planteamiento que, aunque nació en el marco de las ciencias físico-matemáticas, pronto pasó a casi todos los órdenes de la cultura, demandando como denominador común una antropología más autónoma, autosuficiente y secular. Una antropología que derivó en un claro inmanentismo donde Dios ya no era el principal juez del orden vital. Este es el individuo, la sociedad o un Estado presentado como un pacto, contrato o suma de voluntades individuales. El racionalismo, el empirismo, el naturalismo, el liberalismo, etc. fueron algunas de sus manifestaciones culturales más reputadas. En todas ellas, el individuo, la sociedad, la política, la economía e incluso los valores aparecían desprovistos de trascendencia y de metafísica para ser la consecuencia lógica de un mero proceso subjetivo y científico al que todo debía someterse y resignarse. Un proceso complejo que tendría como meta y aspiración irrenunciable el logro de la felicidad terrena.

Títulos como *Épître sur le bonheur*, *Della felicità*, *Of National Felicity*, *Medios para la felicidad pública*, etc., fueron habituales en publicaciones de la segunda mitad del XVIII y primera mitad del XIX; incluso, academias, sociedades económicas, científicas, etc. tendrán como lema y meta la búsqueda de la felicidad individual y social por medio de la política, del progreso económico, la ciencia y la instrucción. Pero ¿cómo entendió la Modernidad la idea de felicidad? Indudablemente de forma muy distinta a la tradición. Ésta, sin renunciar a un bienestar sensible, material y espiritual, tenía un concepto de felicidad humano, trascendente y futuro. Un estado que, en su forma más acabada y definitiva, llegará no acá sino en el más allá, cuando un Dios omnipotente otorgue al hombre por sus méritos y misericordia divina la perfección completa y definitiva.

Para el hombre moderno, la felicidad es bien distinta: es sobremanera una aspiración secular, material, objetiva, sensible y placentera; un estado sin misterios, sin sobresaltos, controlable por la ciencia, extensible por la instrucción, sin retrocesos, sin dolor, sereno, placentero y a ser posible universal. Una aspiración que ha de lograrse y disfrutarse en el más acá. El más allá, apenas será objeto de consideración. La trascendencia no se niega, simplemente se reduce a una categoría metafísica que está fuera del tiempo y de la que apenas poco o nada puede decirse o afirmarse; como mucho, el más allá es una causa incausada, no mecánica y no sujeta a experiencia. “El Dios-Razón –decía Voltaire– nos prohíbe concebir nuestra experiencia mortal como una preparación para la inmortalidad”.

CONFERENCIAS

¿Cómo alcanzar esa felicidad? La respuesta fue fácil: gracias a la fe ciega en las posibilidades inusitadas de un nuevo concepto: armonía mecánica. Con su actualización, realidades como el mal, el vicio, la ignorancia, el dolor, la guerra, la violencia, etc. serían simplemente pasajeras; se explicarían por una falta de armonía, de orden, de estética; serían una infracción de la lógica natural, algo que la enseñanza universal y la nueva ciencia solventarían con tiempo y paciencia. En el ínterin, se trataría simplemente de alcanzar el máximo grado posible de felicidad, aunque –dado que el hombre es radicalmente incapaz de convertir en grado absoluto lo que está sujeto a tiempo– valdría “un grado suficiente para instituirnos un estado feliz, tranquilo o, al menos, soportable”.

La postmodernidad

Este devenir, rebautizado en la contemporaneidad con el término “Postmodernidad”, no cabe duda de que, a pesar de sus desajustes, lastres y disfunciones, ha posibilitado para Occidente extraordinarios logros científicos, ha universalizado en buena medida la instrucción, tecnificado la enseñanza, multiplicado la información, aumentado la riqueza, mejorado la salud, facilitado el conocimiento, el trabajo, las condiciones laborales, los salarios. Un sin fin de conquistas que, con todas sus limitaciones y problemas, han devenido en una confianza más acusada si cabe en la tríada emblemática de la Modernidad: conocimiento, economía y liberalismo, garantes y símbolos de todo eso que se ha dado en llamar progreso y desarrollo.

Un anhelo constante que, en la era de la globalización, presenta desajustes alarmantes que no casan con el optimismo y la esperanza ingenua de su génesis. La distribución de la riqueza y la calidad de vida siguen siendo en la primera década del tercer milenio muy desiguales, los iletrados en los países subdesarrollados representan cantidades ingentes, los analfabetos funcionales de Occidente aumentan por su inadaptación al cambio, el desarrollo sostenible presenta arritmias inasumibles, la reflexión, el sentido crítico y la creatividad son manifiestamente mejorables, las enfermedades están ahí, como está el hambre, la miseria, la violencia, la guerra, el paro, el desasosiego y un largo etcétera de contingencias que han sembrado dosis importantes de desconfianza y desesperanza en el otrora optimismo occidental.

¿Qué está pasando aquí? ¿Por qué hablamos tanto de crisis e incluso de recesión? ¿Por qué se habla de debilidad de pensamiento? ¿Por qué el clamor por la esperanza? ¿Por qué tanto indignado? ¿La sociedad del economicismo

CONFERENCIAS

liberal y del conocimiento nos ha hecho realmente más felices? ¿Ha hecho una sociedad más justa y mejor? ¿nos ha hecho más sabios? Muchas son las preguntas y muchas serían las respuestas, pero quizá uno de los diagnósticos más certeros lo intuyó ya Thomas Stearns Eliot, en 1934, cuando en su poema “El primer coro de la roca” se preguntaba ¿qué nos traía la “infinita invención” o el “experimento infinito” de la Modernidad? Y respondía: “Trae conocimiento de la movilidad, pero no de la quietud; conocimiento del habla, pero no del silencio; conocimiento de las palabras e ignorancia de la palabra. Todo nuestro conocimiento nos acerca a nuestra ignorancia. Toda nuestra ignorancia nos acerca a la muerte, pero la cercanía de la muerte no nos acerca a Dios”. Y concluía con unos versos que forman parte del patrimonio crítico a la Modernidad:

¿Dónde está la vida que hemos perdido en vivir?
 ¿Dónde está la sabiduría que hemos perdido en conocimiento?
 ¿Dónde el conocimiento que hemos perdido en información?

Una consideración a modo de conclusión

¿Qué hacer ante esta situación?, ¿qué podemos concluir? La solución la hemos apuntado al principio. Se trata de gestar un movimiento de renovación intelectual, moral y espiritual que consiga subordinar el progreso, la economía y el conocimiento a la política y ésta a la ética de la dignidad humana; es decir, a la ética de la verdad y del bien. No se trata de volver al pasado, de imponer un modelo cultural concreto, de invalidar los grandes logros de la Modernidad, de implantar recetas. Se trata de apostar por los principios, de vivir en el presente y de preparar un futuro que no olvide al hombre, al espíritu humano y a su dignidad.

La solución ya sabemos que no es fácil, pero tenemos mucho ganado. El funcionalismo moderno y contemporáneo nos ha enseñado, cuando menos, tres lecciones magistrales que es necesario aprender, recordar y nunca olvidar. En primer lugar, no debemos confiar en una política materialista uncida al carro del pragmatismo, del utilitarismo económico y del desarrollismo científico: el olvido del espíritu humano ha sido su característica y su sino. En segundo lugar, es de todo punto necesario volver a confiar en el hombre, en la persona. El ser humano no es un producto o resultado científico, económico, o cultural de la historia. Es su protagonista, el constructor de la misma. Un ser creado por Dios, de dignidad indestructible, llamado a dominar la cultura, a consolidar su libertad y su autonomía para afirmar precisamente su humanidad por la fuerza de la verdad y del bien. Finalmente se hace imprescindible

CONFERENCIAS

ser firmes para rechazar ese espíritu relativista y escéptico que ha invalidado la posibilidad del conocimiento de la verdad y de los valores universales, proyectando la idea de que el espíritu, el bien, la justicia, la libertad, la solidaridad y los grandes ideales de la humanidad son puras quimeras subjetivas que no pueden conocerse ni, por lo tanto, considerar.

La alternativa a todo ello es la confianza en una educación y una cultura humanista que tenga la valentía de apostar sin ambages no por la instrucción sino por la formación del espíritu. Una apuesta que exige a la educación y a la cultura recuperar el valor por las “humanidades”. Un concepto que en modo alguno consiste en sustituir las llamadas disciplinas científicas –los grecorromanos y renacentistas jamás prescindieron de ellas– por las tradicionales ciencias del espíritu, sino aunar ambas para formar un espíritu que dirija la libertad no sólo al conocimiento y el dominio de la realidad, sino al bien y la mejora de la persona, confiando siempre en la ayuda constante y eterna de Dios. Esto es el Humanismo, esto es la virtud, a esto se llama sabiduría.

El Salvador, 15 de junio de 2013